

Bajaron los ángeles y no advirtieron su rostro.

Desde la inmensidad de su abandono nada importaba este nuevo detalle sumado a su desgracia. Hacía tanto tiempo que nadie interrumpía su silencio, que nadie penetraba con destreza en sus frías estancias para inundarlas de luz o de calor que apenas sintió el finísimo aguijón del nuevo desengaño.

Como nubes de cieno vertieron sobre su cabeza presagios de amargura, dolores ancestrales, soledades antiguas. Un río de zozobras buscó cauce en sus venas mientras su corazón aupaba al miedo, única deidad capaz de ser irremediablemente caprichosa.

Sin otro aliento que su propia discordancia cruzó todos los caminos de la tierra buscando un semejante, alguien confundido entre los otros con ansias de ser fiel a una mentira. Nada más inútil en un mundo uniforme. Desde las altas simas pudo ver el caos más organizado que en sus noches de angustias no alcanzó jamás a imaginar. Todo estaba previsto, todo estaba inventado, no quedaba un resquicio donde prender la mi-

tad de su nada porque hasta la oquedad más miserable estaba destinada a ser justificable.

Apareció la idea de convertirse en aire, partículas de atmósfera flotando en el vacío sin más padecimiento que dejarse mecer en la inconsciencia. Escudriño los rincones intentando encontrar la manera de hacerse más ligero eliminando lastres. Cada viejo recuerdo pesaba en sus bolsillos hundiéndole en el suelo brutalmente, cada nuevo dolor insensible y baldío pugnaba por hacerse eficaz en alguna parte de sí mismo.

Creyó que era mejor buscar entre todas las máscaras una solución a sus temores y por eso corrió al bazar de lo impío dejando tras de sí un reguero deforme. Si los ángeles bajaban de nuevo no verían su rostro. Volverían a errar de nuevo seguramente pero se consoló pensando que era preferible al estrépito de tanta decadencia sobre su pobre sonrojo.

El universo entero se tiñó de un matiz indefinido. Miles de sensaciones poblaron su horizonte de una esperanza delincuente, alegría diabólica a sus cristales, pugnando por entrar a trastocar su pre-

sente alterando el orden de las cosas. Desplegó con nerviosismo la alfombra de la magnificencia y cerró los ojos para escuchar los pasos cada vez más cercanos. Relojes trasnochados dejaron escapar tristes sonidos y a lo lejos alguien entonó un réquiem por lo definitivamente muerto.

Por un momento pensó que se había salvado, creyó posible ser redimido de sus múltiples mutilaciones, caminar sin tener que desandar lo andado, ocupar sin descanso, proyectarse hacia el sol convencido de su propia metamorfosis. Ser otro entre los otros y olvidar para siempre lo que fue en otro tiempo.

Dieron las doce a pesar de todo. Desde el fondo de los mares llegó hasta sus oídos la melodía confusa de un viejo villancico. Trató de comprender por qué razón hasta los caballitos de mar sabían de su penas torturando su espíritu de un modo despiadado. Con todas sus miserias hizo un cerco de hielo y luego se sentó a esperar que todo concluyese. Pero nada ocurrió. Aquellas notas pertinaces azotaban sus vísceras burlonamente intentando repatriarse en su alma, volver a instalarse en ella como cuando

Por MARY CRUZ DE LOS RIOS

BAJARON LOS ANGELES Y NO ADVIRTIERON SU ROSTRO